2020

Le catalogue 44 est arrivé, El cobertizo

Carlos Suchowolski

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Suchowolski, Carlos (April 2020) "Le catalogue 44 est arrivé, El cobertizo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 91, Article 31.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss91/31>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Carlos Suchowolski

Le catalogue 44 est arrivé

“(la vida está hecha así, de pequeñas soledades)” (Roland Barthes, *La cámara lúcida*)

Seducido por las antigüedades que se exhibían en los escaparates, nos detuvimos, M., entonces todavía mi mujer, y yo, ante la tienda de Monsieur Bernard. La tienda destacaba encantadora en un chaflán arrinconado de una calle perdida de Ginebra de la zona alta de la ciudad apenas poblada de farolas y como recortada sobre una fachada en la que no había ni una sola ventana iluminada; destacando así como algo único en la penumbra gris de aquel atardecer de lloviznas intermitentes de principios de mayo, que en ese momento habían cesado, gracias a la luz anaranjada que escapaba a través de los cristales de la puerta y las dos vitrinas gemelas que la flanqueaban; un color que, al acercarnos, vimos que lo aportaban los reflejos de la luz eléctrica sobre las maderas lustrosas de las que en gran medida estaban hechos la mayoría de los objetos que se exhibían allí dentro, especialmente los que descansaban en los mostradores o colgaban de las paredes de los escaparates.

El dueño o, como sabría más tarde, el *encargado en funciones*, estaba de espaldas, al fondo de la tienda. Lo observé a través de la puerta de cristal después de subir los dos escalones por los que se llegaba a ella, en la que figuraba, pintado en arco, el nombre de la tienda, Kalypso, cuyo sentido

no comprendería de inmediato, y debajo del cual se leía, en francés, “Antigüedades”. De cabellera blanca, se inclinaba sobre el mostrador rodeado de incontables satélites como habría podido estarlo un sol, un rey, un dios. Tal vez apuntando una reciente venta o una entrada pendiente en el registro. En los escaparates gemelos que daban a la calle, uno a la izquierda y otro a la derecha de la entrada, en una simetría que contrapunteaba con la amalgama de matices irregulares que se desplegaba dentro, se repetía el mismo anuncio sobre dos sendos folios apaisados de cartulina o de un papel amarillento de considerable gramaje, fijados dentro con esmero por medio de cuatro gotas de pegamento depositados con prolijidad en las esquinas, indudablemente sopesadas a la milésima de gramo, seguramente, me atrevía sospechar, utilizando alguno de los extraordinarios instrumentos de medida expuestos. Los cartelitos anunciaban en gruesas letras tipográficas:

Le catalogue 44 est arrivé!

Los artilugios de la tienda eran francamente soberbios, en su mayor parte instrumentos de medida o de música venidos vaya uno a saber de qué tiempos y qué tierras, tras surcar qué mares o qué cielos y soportar cuántos avatares y cambios de mano, actualmente en desuso, convertidos en piezas de museo o destinados a alguna colección privada. Supervivientes a la manipulación y tal vez, sin haber sido jamás utilizados, como si hubiesen sido fabricados para su contemplación, convivían con otros, incontables, más pequeños, quizás incluso más caros, que se conservaban en el interior de diversas vitrinas en fila, y que dejaban al visitante unos estrechos pasadizos que se debían recorrer para observarlas con detenimiento. Muchos eran extraños acorde con mis pobres conocimientos, otros más reconocibles, pero de todos modos singulares. Y, mientras algunos habían sido agrupados por su teórica o primitiva utilidad, hoy puramente teórica, en incontables variaciones estéticas y complementarias creadas por la imperiosa necesidad de la inventiva, otros, más exclusivos si cabe, se agolpaban sin concierto discernible, aunque en ningún caso de manera descuidada sino en un desorden que parecía pretender realzarlos ante el observador interesado, animándolo a que los descubriera y valorara, siempre evitando roces irreparables o pérdidas de protagonismo. Mi mirada, extasiada, no dejó de dar brincos de unos a otros a través de los escaparates. Termómetros que dejaban ver su metal líquido cristalizado, seco o congelado en sus tubos de cristal amarillentos; brújulas y sextantes de diversos estilos que habrían permitido a unos u otros navegantes dar la vuelta al cabo de Hornos o al de Buena Esperanza, expandir Occidente hasta la Polynesia o encontrar la Isla del tesoro; balanzas y barómetros de precisión propios de gabinetes científicos de la primera hora; telescopios que debieron recibir en ofrenda príncipes y reyes, y que tal vez continuarán

encerrando reflejos de las estrellas mediceas; un par de periscopios de bitácora; una cornamusa de bronce; unos sextantes y un astrolabio que habría dicho que provenían de la Isla Flotante de Laputa y más concretamente de Flandona Gagnole o la Cueva del Astrónomo; algunas piezas de grandes maquinarias, como una rueda de timón y una hélice, y otras muy pequeñas, en ciertos casos diminutas; medallas; alhajeros; sellos de cobre para señalar la identidad en lacre recordando la inviolabilidad de la correspondencia; alfileres de insectólogo o de estudiosos de la electricidad biológica; monedas herrumbradas o mordidas; unos cuadros de pequeño tamaño, algunos para que una dama los llevara al cuello; un globo terráqueo rodeado por anillos engarzados, de uno de los cuales una bella varilla materializaba la gravedad y la inercia centrípeta a un tiempo al sostener la luna siempre a la misma distancia, y que llevaba a pensar en Méliès y en Julio Verne; unas pistolas de duelo y un sable que inevitablemente recordaban a Münchhausen, a Cirano, a Miguel Strogoff...; y, creo, creo, porque no supe bien qué podía ser aquello, hasta ¿un pequeño sismógrafo?, ¿un diapasón?...

Ignorando a mi mujer –con la que intentaba aún recuperar nuestra desgastada relación durante aquella escapada de tres días–, que me observaba en silencio pensando que ya estaba a punto de hacer aquello que no sé por qué le molestaba tanto, recorrí con la vista todo lo que estaba al alcance de la vista desde afuera, un recorrido preliminar e insuficiente que me empujaría definitivamente a entrar, como ella precisamente temía. “Un sinsentido”, como murmuraba ella –lo sabía aún cuando sólo lo hubiese pensado–, para acabar protestando explícitamente al fin en cuanto vio que yo giraba el picaporte:

—¿Te vas a comprar algo? Pero si ya no tienes dónde poner nada...

Justamente, por eso sólo estaba en mis planes solicitar el *catalogue* sin llevarme nada más, como habría hecho en otras ocasiones, regresando del viaje con algún objeto, a veces voluminoso, que muchas veces requirió la compra de un gran bolso extra, para que, en efecto, como ella decía con razón, acabara sin encontrar un solo hueco visible en toda la casa, por lo que terminaba metido en un armario; de tratarse de un póster, en el tubo de cartón en el que me lo habían entregado, en una caja acondicionada o, simplemente, sin protección alguna, por lo que le tocaría permanecer allí años y años a merced del polvo o la carcoma. Y mientras comenzaba a abrir la puerta, que emitió un sutil chirrido, me pregunté si el *catálogo número 44* registraría todas las maravillas que allí había y no sólo las entradas más recientes e incluso las que hubiese almacenadas en el sótano o cualquier lugar al que no se me permitiría acceder; algo que haría de él, en sí mismo y con una economía incapaz de crear nuevos conflictos domésticos, una pieza más que digna para mi colección, que obviamente incluiría en una u otra carpeta de las que contenían folletos, ilustraciones, recortes de periódicos, postales, dibujos primerizos de hijos y de nietos, etc., y apilaba en los estantes, junto o

encima de libros, álbumes y revistas; recuerdos todos de viajes y aventuras repasados cada vez más casualmente y que, por falta de tiempo suficiente por mi parte, seguía sin ordenar. Pero a ella no le dije nada, inseguro en el fondo de que pudiera no llegar más lejos a la vista de aquellas maravillas que me costaba no poder hacerlas mías. Así que, dado que era evidente que no pensaba acompañarme, la dejé allí afuera, dándole a entender, tan sólo con un gesto, que no tardaría “nada” o que “sería un minuto...”, evitando como Ulises, ser capturado por aquel coro de sirenas.

—¿Tiene interés por algo, señor? —dijo el hombre, sin darse la vuelta ni dejar de garrapatear algo en un cuadernillo, y con cierto malhumor.

—Por todo — respondí incapaz de contenerme y sin dejar a mi vez de contemplar una cosa tras otra—. Pero —dije al fin, volviéndome hacia él un tanto avergonzado— todo esto debe ser muy caro para mí y, además, no podría hacerle sitio en casa, para lo cual tendría que desplazar alguno de mis queridos recuerdos... todos demasiado queridos... De modo que me contentaré con llevarme un ejemplar del último catálogo. ¿Se edita uno por año, verdad?

—Sí, cabe decirlo de ese modo.... *Mais non, non...* Me temo que con *le catalogue* usted no podrá conformarse. Y cabe, en realidad, si podemos decirlo de este modo, una alternativa, ¿sabe?: quedarse usted aquí, entre ellos, en esta tienda que, por lo visto, hoy me toca abandonar...

Vacilé entre seguirle la corriente (acariciando, no obstante, la idea, vagamente aún en ese instante, dejándome llevar por el juego de mi imaginación) o simplemente insistir, diciéndole que no podía demorarme mucho porque afuera mi mujer esperaba. Añadiendo incluso que, si la conociera, podría comprobar que lejos de hacerlo con la paciencia y la comprensión que yo necesitaba, es decir, por no más de cinco, diez minutos a lo sumo, comenzaría a golpear con los nudillos en el cristal de la puerta o de uno de los escaparates. Pero no lograba decir nada concreto que tuviera algún sentido, y permanecí en silencio, desviando otra vez la vista hacia los objetos que se distribuían a mi alrededor como si estuviera considerando una propuesta seria en lugar de reírle lo que debía ser sólo una broma de experto y sutil vendedor de antigüedades.

—¡Todo esto es subyugante! —dije sin poder contenerme—. ¡Cada cosa... todo... la tienda entera!—. Lo miré a los ojos—: ¿Cómo puede usted soportar venderlas, dejarlas ir en manos de quien sea... por mucho que estuviesen dispuestos a pagar por ellas?

De repente, mientras el hombre sonreía de un modo que me resultaba poco menos que mefistofélico, dominado yo ya sin duda por un poder de atracción inverosímil, me encontré diciendo la incongruencia más asombrosa que jamás habría imaginado que pudiera salir de mi boca en circunstancias similares:

—¡Monsieur Bernard, me gustaría quedarme en la tienda, me gustaría sustituirlo, quiero ocupar su puesto y encargarme del próximo catálogo!

El hombre, cuyo nombre me debí inventar o quizá leyerá mecánicamente en el pin que lucía en la solapa (Monsieur Bernard, Anticuario), que no recuerdo que lo mencionara, continuaba mirándome con expectación creciente y una satisfacción más que visible que yo me negaba a interpretar, mientras, al mismo tiempo, un temblor me sacudía, anunciándome que se produciría algo sorprendente... ¡tanto que llegué a imaginar que me lanzaba sobre él amenazante, no sé, dispuesto incluso a asesinarlo para arrebatárselo todo si no consentía por las buenas a cedérmelo; todo! En el acto me pregunté si me había vuelto loco, como pensaba mi mujer, pero, justo cuando estaba por desdecirme y reconocer que no entendía por qué había dicho lo que dije ni de dónde lo habría dejado salir, él habló antes, para aclararlo todo:

—¡Oh, qué interesante, la sintonía es formidable! ¡Pero creo que aún no está seguro! No obstante, a qué negarlo... ha llegado al fin la hora, como se podría decir, y como era de esperar... Sin duda, es usted quien ha venido a reemplazarme, y justo cuando estaba yo actualizando el inventario. Es la persona que me obligará a salir y me permitirá volver... estoy preparado para que así sea, como se me dijo y tengo que trasmitirle: son las reglas, las que usted también tendrá que respetar. Ha llegado para mí el momento de ceder el paso... después de más de... creo que doscientos, catálogos debo decir... Le dejo pues a usted *le catalogue quarante-quatre* en vivo, aquí, a su alrededor. Es decir, la tienda, *mon cher ami, un catalogue vivant*. A lo que habría que añadir lo que guarda el almacén, muchas cosas sin catalogar. Tal vez alimenten el *quarante-cinq ou six ou sept*... Si prefiriese continuar numerándolos a partir del presente, lo que no es más que un decir, porque el número por el que tendríamos que ir a estas alturas sería poco apropiado para reflejarlo en los anuncios, además de que cualquier número que se le pusiera tampoco reflejaría la estricta realidad de la historia. Porque, si hubiese contado desde mi llegada, *le catalogue 44* habría sido mi *catalogue 244*... o tal vez... el 355, ya no lo recuerdo; y, si me fío de lo que me contó mi antecesor, el mil novecientos ochenta y cuatro desde que comenzara todo esto, desde el día en que Guttemberg diera a conocer su invención, lo que requeriría, ya ve, un anuncio kilométrico y muy poco estético, impreciso y hasta disuasivo. Ahora bien, si aceptara las condiciones exigidas, usted podría vivir en medio de *le catalogue 44* durante... no sé, sin duda mucho tiempo; o, más bien, el que le permita su suerte. Aunque siempre, al menos unas pocas veces, podría darse y dar alguna buena excusa para poder continuar, o ser lo bastante riguroso como para rechazar al evidente sustituto que se llegase a presentar... un día, por decirlo de algún modo, considerando, por ejemplo, no verlo lo suficientemente apropiado, al argumentar que presenta alguna inconveniencia, una presencia indecorosa, falta de sinceridad, de

amor auténtico, alguna mala intención... Yo mismo podría hacerlo con usted si me dejara llevar por una avaricia repugnante en lugar de cumplir con mi deber y con la confianza que mi antecesor depositara en mí.

Di un pequeño salto atrás. Y volví la cabeza hacia la calle, buscando el apoyo indispensable que me podría proporcionar aquella “mujer difícil” con la que aún me sentía ligado a pesar de los malentendidos y sinsabores que se estaban sucediendo últimamente entre nosotros. De algún modo, tan necesaria para mí como un anillo a un dedo o un grillete para un criminal. Pero no la vi en la puerta ni a través del cristal de los escaparates en los cuales se alzaban y amontonaban decenas de cosas que obstaculizaban la visión a modo de una espesa selva o de un jardín hidropónico en el cual una extraña brisa parecía mover los objetos a uno y otro lado como arbustos o copas de pequeños árboles domesticados; hipnotizándome.

Estaba solo y tendría que salir solo de aquella situación, tan absurda como prometedora. En mi mente se formó un nuevo pensamiento ajeno: “No tema, no soy peligroso; y puedo intentar explicárselo mejor”. Era increíble, pero tenía que reconocer que esa habilidad mía de saber lo que pensaba el otro volvía a demostrarse verosímil, algo que pasaba a veces y con contadas personas, mi mujer, precisamente, entre otras.

—Yo... —balbuceé —sólo querría un catálogo... para... para mi colección. Y sé que no debería, que ya tengo muchas cosas para nada, que a pesar de todo incluso le compraría alguna de las extraordinarias piezas que vende, aunque tuviera que hacer una extensión en un estante o apilar un par de las que tengo en mis estanterías o pasando una más al techo, apretujándola junto a las demás, o colocando esta delante de las otras; eso sí: donde pudiera resaltar... donde pudiéramos contemplarla, mi mujer, u otra en todo caso si no hubiera más remedio, los que me visitan cada muerte de obispo, pero, sobre todo, yo mismo.

—Cada “muerte de obispo”... —repitió Monsieur Bernard muy despacio mientras suspiraba; por lo que dijo luego, aunque como si no comprendiese la expresión—. Debieron morir unos cuantos desde que estoy aquí metido, ¿verdad?

—Perdone, fue un decir...

—No tiene importancia, lo que interesa ahora es saber si se siente usted *capable pour le poste*. Estos preciosos objetos me han rodeado durante los últimos... no sé, ¿doscientos... quizá, doscientos cuarenta y cuatro ediciones?... Y por lo visto, hoy ha llegado el momento de dejarlo... De dejar todo en sus manos.

—¿Dos... doscientos..., doscientos... cuarenta...? —exclamé dando otro respingo mientras eso de “dejar todo en mis manos” se repetía en mi cabeza sin que pudiera asegurar que no lo hubiese simplemente imaginado. ¡En cualquier caso, ese hombre estaba rematadamente loco! Volví a mirar con

desesperación hacia la calle: ¿Dónde se pudo meter esta mujer?, me dije.

—Confieso que el trabajo acabó por ser agotador, aunque nunca aburrido.

Seguía sin saber qué hacer ni qué decir, y no me sentía inclinado, inútilmente, a mentir. Aún, de todos modos, insistí—: No... no puedo... Y menos así, de sopetón. Mi mujer está afuera, esperándome; no la puedo abandonar de esta manera. Además, acabará por fin entrando, a buscarme. Usted no la conoce: aunque manifieste una fachada espartana, es española, con un corazón sensible aunque un tanto arrugado, como la nuez en la corteza... Vamos, que quiero decir que es muy testaruda y no estará en absoluto dispuesta a consentir algo así.

—¡Oh, no se preocupe por eso! Si por fin acepta sustituirme... como ha confesado desear, por mucho tiempo que pase para usted aquí dentro, eso no representará más de unos minutos allá afuera... y, cuando salga, todo estará tal y como lo dejó, el mundo igual de próximo y ajeno, los relojes marchando al ritmo acostumbrado. Confío que para mí será lo mismo, como se me aseguró. Me consta que allá afuera, donde aún no estará ni usted ni su mujer, siguen los amigos con los que salí una noche de juerga y con los que me detuve ahí, en esta misma calle, delante de la tienda, pidiéndoles que me esperaran fuera unos minutos. Sin duda alguna, amigo, si me permite llamarlo de ese modo, somos de la misma estirpe y nos esperan experiencias semejantes por más que en siglos diferentes. Casos singulares que siempre habrán de sucederse. Pero no sienta obligación alguna, como no sea para consigo mismo. Yo puedo continuar esperando, y, en parte, lo deseo: del *catalogue*, los que somos así no nos cansaremos nunca... Podría incluso esperar que usted volviese, siempre que lo haga dentro de un tiempo prudencial y me encuentre, claro... antes de que se presente algún otro que no pueda desechar sin hacer trampas. Aunque eso sería lo de menos: si se demora, encontraría a otro en mi lugar, esperando lo mismo, deleitándose con todo esto, responsablemente, eso sí; amando cada pieza como si la hubiese creado. ¡Vamos, anímese, no desperdicie esta oportunidad; téngalas durante una eternidad a la vista, dedicado sin prisa a descubrir sus incontables detalles y a cuidarlas, evitando que el polvo de cada día se acumule en ellos—algo muy propio del tiempo, como supondrá—, abrigándolos, si cabe; restaurarlos incluso de producirse, eventualmente, un accidente... En fin, manteniéndolo todo tal y como he hecho yo hasta ahora.

Yo no podía aún dejar de estar preocupado por ella, a quien seguía sin ver del otro lado, lo que me hacía cada vez más vulnerable. ¿Cómo escapar de esa extraña pero singular y atractiva idea de que la media hora o más que habría empleado ya en conversar con ese hombre y en observar detenidamente todo lo que había en la tienda no hubiese significado más de uno o dos minutos para el mundo, el resto del mundo o del afuera; inclusive que *en realidad* el tiempo no pasara en absoluto para ella y los demás?... ¿De haber

podido sucederse en ese instante y sin consecuencias vaya a saber cuántos catálogos que yo podría editar si me quedaba?... ¡Todo, sí, mientras, según Monsieur Bernard, la misma mujer aún me estaría esperando en todo caso un puñado de minutos, congeladas las mismas debilidades y capacidades que tendría que seguir enfrentando en cuanto saliera! (“¡Sí, verá cómo vuelve a ser usted y el mundo el conocido en su justa medida!”, reverberó su voz en mi cabeza, lo que no me pareció del todo de mi agrado.) Y, por un momento, jugué con esa idea como si me la probara ante un espejo antes de adquirirla, mientras ya iba y venía por la tienda, huésped intemporal de aquel cubo de las maravillas, estudiándolas con vistas a la edición siguiente del *le catalogue*. Preso de una sensación irrenunciable de poder que se aposentaba cada vez más hondamente en mí.

—Vamos, déjese llevar. El mundo no notará su ausencia y usted podrá gozar de estos bellísimos objetos a los que jamás podría hacerles sitio en casa. Eso sí, tendrá que aceptar que no todo permanezca inamovible, que de vez en cuando alguien entre y se lleve alguna pieza que, con suerte para usted, tal vez acabe por volver; y que entren cosas nuevas cada tanto, quizá aún más espectaculares que las vistas, que usted podrá añadir si le parecieran bien. Las transacciones comerciales, por mucho que le pese o lo pudiera compensar, deben ser bien atendidas por el encargado con diligencia extrema, *bien sûr*. Incluso contribuyendo en todo lo posible a que quien entre por la puerta se lleve algo al salir... (Recordé en ese momento su displicencia inicial y sonreí.) No, no ponga esa cara, así debe ser... Tanto una cosa como otra... Incluso es importante que, a quien viniera buscando algo que hubiésemos vendido o nunca hubiésemos tenido, le recomendara volver, explicándole que el objeto de su interés está en restauración o formando momentáneamente parte de una exposición... o le ofreciera algo en su lugar... Una mentira piadosa que, no obstante, esconde una verdad inevitable. Pocos, aunque huelan la trampa, dejarán de volver, y más de uno de llevarse otra cosa a cambio. Además, los enamorados de un objeto creen que serán constantes, fieles quiero decir, pero un día resulta que han cambiado de opinión y entran en busca de algo diferente, algo que vieron en el catálogo que se les ha suministrado; le cagalogue “actualizado” que todos reclaman, o viniendo con la misma idea cambien de objeto de su predilección y se lleven otra cosa a la que antes no le prestaron atención, cegados por la idealización que los habría capturado. En fin, insisto porque observo que sigue preocupando: las horas, los días, los meses... se sucederán aquí sin que nadie de afuera lo perciba ni le perturbe a usted más de lo que lo hacía en el instante previo.

Y diciendo esto, extendió hacia mí el cuaderno y el lápiz en el que estaba apuntando el estado presente de las existencias.

Yo no sabía qué decir. Eché una mirada en redondo, acariciando todos esos objetos maravillosos. Detrás de cada uno asomaba una promesa de viaje.

El de un nuevo Odiseo, el de un hijo o nieto de Gulliver, el de un Simbad reencarnado, el de otro obediente Miguel Strogoff, el de un intrépido Orfeo o Dante “en mitad de su vida”... ¿Cuántos podría llegar yo allí a hacer antes de que se presentara un sustituto apropiado, otro ingenuo navegante como yo, imprevisor a diferencia de Ulises?

Volví la vista al cuadernillo que no sé en qué momento había pasado a mis manos y permanecí un instante allí, sin moverme, con la vista clavada en las anotaciones; lo suficientemente obnubilado como para no notar que la puerta se abría y se cerraba a mis espaldas con el chirrido que ya había conocido. Monsieur Bernard había abandonado la tienda y estaría ya en su mundo, dispuesto a acabar desgastándose en él. Aunque sin poder decirle nada a mi mujer, que seguiría allí sin saber ni haber podido ver nada. Porque, de ser como había dicho Bernard, él habría reaparecido hacía años, posiblemente haría un siglo.

Entretanto, comencé a experimentar la eternidad del instante, como, si cabe, habría vuelto a decir Goethe en mis circunstancias; moviéndome a través de un tiempo impreciso e inmensurable. Efectivamente, de tanto en tanto algunas piezas del tesoro fueron compradas a destiempo por gente que tan pronto entraba como salía, reiterando apenas el chirrido de la puerta al abrirse y al cerrarse, antes y después. Del mismo modo, en menor medida empero, se incorporaban otras a la tienda, que yo compraba por lo general, no para mí, claro, sino para exponer entre las que allí seguían, colocando las más pequeñas y curiosas dentro de las vitrinas. Apuntándolo todo en el cuadernillo con vistas a la próxima edición del *catalogue 44*, que volvería a asignarle siempre el mismo número, como hiciera Monsieur Bernard con toda sensatez. El tiempo corría locamente y yo, ya que por suerte la tienda era poco concurrida (de esas que al pasar yo solía preguntarme cómo podrían aún sobrevivir), me permitía soñar, unas veces mientras contemplaba un objeto determinado, otras tan sólo recordándolo con los ojos cerrados, pudiendo incluso, con el tiempo que tenía por delante –si cabía decirlo de ese modo–, volver a soñar viajes distintos a partir incluso de la misma pieza. Para ello contaba, detrás del mostrador, con un sillón muy cómodo, cubierto de almohadones, dispuesto allí por Bernard o por alguno de sus antecesores si no por el propio fundador de Kalypso, en el que me apoltronaba e inclusive acababa por dormirme por las noches –si así se podían llamar esos instantes de oscuridad que repentinamente daban paso a la luz y al ajetreo–, durante las cuales me deleitaba contemplando, largamente no obstante, al compás de un chapoteo en la mar chicha o al embate de las olas de la tempestad, el sextante o alguna de las brújulas flotando en la bruma para llegar a mis manos; o disfrutando de mis viajes a la luna, a la que llegaba por el ojo de alguno de los telescopios, a veces solo y otras acompañado; del pasaje a través de la selva en la que sonaban los rugidos feroces de unos enormes

fantasmas que enseñaban los dientes y las garras, que empezaban en el filo de un antiguo machete; a veces combatiendo, otras llevando un mensaje a la carrera, hasta reventar mi cabalgadura, a la vista de una espada curva como la de Hajdi Murat, que llevaba en alto o dejaba que golpear a un lado; o encontrándome en medio de alguna audición en alguno de los lugares más maravillosos de la tierra saltando sobre las cuerdas del Stradivarius...Y así hasta verme súbitamente devuelto a aquella cueva de Aladino al sonido de la puerta al abrirse para dejar pasar a un cliente o un proveedor al que debía atender con diligencia, como correspondía a un encargado responsable.

Era una navegación en la eternidad –instantánea como la de Goethe, idea que volvía a mí de tanto en tanto– durante la cual los ajustes en el inventario, las facturas, la verificación de autenticidad de las piezas que llegaban con la pretensión de ser incorporadas, los cobros y los pagos, las reediciones del catálogo con el mismo número, se sucedían sin fin mientras el tesoro seguía y seguía rodeándome, al alcance de mi mano, disponible pero inapropiable.

A veces sentía el deseo de cerrar y colgar el cartel de rigor para no ser molestado o ese que decía que volvería “en media hora”, pero me sabía obligado por las reglas a atender al movimiento y la rutina de la tienda. Mi sentido de la responsabilidad –parte de esa otra mitad mía, inevitablemente práctica, realista si cabe así decirlo, que me aseguraba que aquello acabaría antes o después– no me lo permitió ni una vez. Sin duda, Bernard supo ver en mí a la persona idónea para el puesto, y yo lo debía asumir en todos sus aspectos, inclusive el de prestar atención a los que entraban en la tienda, concretamente solos, esperando dar con aquel que se detendría en medio y se pusiera a observarlo todo con ojos fulgurantes, que dejara ver en el brillo de su mirada furtiva la avidez por todas aquellas piezas, que los destellos escaparan de sus ojos al pasar de una a la otra, cada cual más embriagadora que la anterior...

Mil y una veces creí suponer que alguno de los que entraban fuera el adecuado, porque no sería capaz de dejar la tienda en manos de cualquiera. Esto también se había constituido en mi deber. Alguien que permaneciera apabullado en medio de la tienda, contemplando con recato, como para llevarse todo en el recuerdo, los objetos expuestos a un lado y al otro, arriba y más abajo, los que colgaban de las paredes, los que encerraban las vitrinas, maravillado ante ese mundo sorprendente que de repente lo rodeaba: termómetros que aún dejaban ver su metal líquido cristalizado, seco o congelado en sus tubos de cristal amarillentos; brújulas y sextantes de todos los estilos que habrían permitido a unos u otros navegantes ancestrales dar la vuelta al cabo de Hornos o al de Buena Esperanza, expandir Occidente hasta la Polynesia o encontrar la Isla del tesoro; balanzas y barómetros de precisión propios de gabinetes científicos de la primera hora; telescopios que debieron recibir en ofrenda príncipes y reyes, y que tal vez continuaran

encerrando reflejos de las estrellas mediceas; un par de periscopios de bitácora; una cornamusa de bronce; unos sextantes y un astrolabio que sin duda provenían de la Isla Flotante de Laputa y habían formado parte de Flandona Gagnole, la Cueva del Astrónomo, y quizás antes, incluso, del refugio de Circe, del mundo de los Cimerios o del palacio del feacio Alcino; algunas piezas de grandes maquinarias, como una rueda de timón y una hélice, y otras muy pequeñas, en ciertos casos diminutas, medallas, alhajeros, sellos de cobre para señalar la identidad en lacre recordando la inviolabilidad de la correspondencia, alfileres de insectólogo o de estudiosos de la electricidad biológica, monedas herrumbradas o mordidas, unos pocos cuadros de pequeño tamaño, algunos para llevar del cuello de una dama, un globo terráqueo rodeado por dos anillos engarzados, de uno de los cuales una varilla hermosa simbolizaba en sí la gravedad y la inercia centrípeta al sostener la luna a una distancia fija y que invitaba a recordar a Méliès y en Julio Verne, unas pistolas de duelo y un sable que inevitablemente remitían a Münchhausen, a Cirano, a Miguel Strogoff, y, sí, sí, ¡al fin sabía lo que era con certeza!, el delicado y preciado sismógrafo... evitando mantener la mirada en alguno para no delatar el deseo de llevárselo y atreverse a dar un paso más, sintiéndose un tanto intruso, avergonzado, para acabar por pedirme el catálogo que se anunciaba en los escaparates, quizá el cuatrocientos setenta y uno o ya el quinientos treinta y dos; es decir, el *cuarenta y cuatro* actualizado.

Al fin, me decía a la vez apenado y deseoso de que de una buena vez sucediera, tendría que llegar el cándido-candidato que, sin comprenderlo del todo, deseara quedarse a cualquier coste, dispuesto incluso a echarme, a asesinarme de no hallar otra manera, ¡como sin duda habría intuido Monsieur Bernard que yo habría llegado a hacer aquella vez! Al que acabaría por soltarle la parrafada que imponía el protocolo, poner el cuadernillo del inventario inconcluso en sus manos y marcharme resignado, de repente entristecido, anclado aún al ansia de la posesión idílica.

Mi mujer, me decía sin poder evitarlo, seguiría allí afuera, esperando verme al fin salir con un paquete, con algo que, pese a ella y al reducido espacio que quedaba en casa, no habría podido resistirme de adquirir; algo inclusive voluminoso y difícil de transportar que luego me obligaría a desplazar algún otro en casa para hacerle sitio... aunque sin renunciar por ello a ninguno de los que llevaban tiempo agregándose allí. No podía olvidarme de ello, quizá como le debió pasar también a Monsieur Bernard que, cuando yo saliera, habría probablemente muerto en un tiempo que pudo suceder incluso antes de que yo naciera (¡muerto, sí, a estas alturas... igual que me sucedería al final a mi, tarde o temprano por así decirlo: ¡salir para acabar de vivir!)

Sí, de tanto en tanto me invadía la nostalgia, como le debió pasar a él. Pero sobre todo el miedo. Preso de mi ambivalencia, el mundo, el de afuera,

me seguía exigiendo una responsabilidad tan seria como la que me mantenía en la tienda atento a todas las necesidades de su buen funcionamiento. Sentía la obligatoriedad de responderle antes de que la vacilante llama del cabo de vela que me permitía continuar allí se consumiese, dejándome en la oscuridad de la locura. ¡Oh, sí: el miedo!

Pero por fin, sucedió, cómo estaba estipulado. También como a Monsieur Bernard y a todos sus antecesores, se me impondría (no del todo lamentablemente) renunciar para reincorporarme al tiempo abandonado, al mundo del desgaste, del olvido y de la muerte; en todo caso dueño ya dueño de las imágenes y sus sugerencias, preso de las inevitables evanescencias. Yo también tendría que volver y resignarme.

Entró, como yo antes, ya encantado a la vista del escaparate, y como yo se quedó dando vueltas sobre sí mismo como la bailarina de la cajita de música del XVIII, contemplando todos los objetos de la tienda, muchos los mismos que había visto yo al entrar. Lo vi en sus ojos, destellar cuando pasaban a posarse en la siguiente pieza, arriba y abajo o más allá... La mirada que debió ver brillar Bernard en los míos aquella vez que tan lejana sentía en aquel instante.

Al fin estaba nuevamente afuera, como me había prometido Bernard, tras unos pocos minutos de la misma noche, templada y húmeda, que descansaba sobre la misma calle de adoquines salpicados aún por las pepitas de plata de la llovizna reciente, que brillaban a la tenue luz de las farolas, y a las que se añadían las últimas gotitas que se desprendían de tejados y balcones, plinc, plinc, plinc, plinc, al tiempo que sentí como un golpe en los riñones el chirrido inolvidable de la puerta que se cerraba a mis espaldas.

M. estaba ahí, según lo establecido, esperándome con inusitada paciencia, quizá hasta ese instante entretenida pensando en vaya a saber qué para reaccionar de repente a mi aparición, de inmediato para buscar con una mirada capciosa el paquete que supondría que llevaría debajo del brazo y que podría querer ocultarle. Al momento para sonreír satisfecha, saboreando mi aparente claudicación, al ver que al fin, como era su deseo, salía sin nada que pudiera afectar a la total ausencia de espacio en las paredes y las estanterías de la casa... así como crear problemas para el equipaje; ignorante aún de que ni siquiera traía conmigo el catálogo que, obviamente, ya no necesitaba.

Bajé los dos escalones con algún esfuerzo, propio de un prolongado anquilosamiento pero sobre todo apesadumbrado, y di los siguientes tres pasos que me separaban de ella, dejando que me tomara del brazo para conducirme en dirección al hotel donde pasaríamos la noche. No decía nada, supongo que para evitar zaherirme. Y mientras caminábamos la contemplé con atención: iba cabizbaja, probablemente ensimismada como si estuviera en otra parte, y me pregunté si ella también se lo habría permitido y si lo

vendría haciendo desde hacía algún rato, viviendo instantes al margen del tiempo que nos desgastaba, con lo deseado al alcance de la mano, similares al que yo había experimentado. Y, sin sentirme capaz de responder con certeza en su lugar de habérselo preguntado, di por posible que, al menos en ese momento, lo hacía. Porque no es fácil, supongo, para nadie, resistir a la tentación de aferrarse a las eternidades que se nos ofrecen emergiendo de la maleza que a todos nos flanquea.

Llevábamos andado un rato, no sé cuánto, mientras comenzaban a borronearse unas y otras de las cosas que hasta hacía un rato me rodearon y que quedaban atrás, cuando se escucharon —o los escuché yo sólo— unos pasos descompensados a lo lejos, posiblemente los de una pareja, aproximándose a la tienda; tan semejantes a los nuestros que los supuse ecos rezagados de los mismos que se hubiesen quedado allí, atrás, para repetirse eternamente. Las gotas, a su vez, volvían a caer, produciendo un tamborileo entre las ramas y los techos de metal de las farolas que me hizo pensar en los dedos de un enano relojero reclinado en su mesa de trabajo, trabajando aún, a esas horas, bajo los adoquines de Ginebra, en una cueva o un sótano, dudando qué hacer con el reloj abierto ante sí, bajo su sórdido monóculo, sin optar por volver a hacerlo marchar hacia delante o que fuera hacia atrás.

Entonces me detuve sin poder evitarlo, obligando a M, la mujer que caminaba a mi lado, a que también lo hiciera y, arrancada de ese modo de su propio mundo, me mirara de nuevo sin comprender. El repicar de los pasos se había detenido dejándome sin respiración por un momento, el tiempo suspendido como el de aquel reloj que esperaba cobrar vida para continuar o para retroceder. Entonces se produjo el chirrear de la puerta de la tienda, abriéndose y cerrándose una vez más, confirmándome que, fuera como fuese, la estancia en Kalypso se repetiría por más que me alejara, por mucho que se desvaneciera.

El cobertizo

Llevaba recluido desde el accidente casi un año con la sensación de quien, habiendo perdido un brazo o una pierna, no dejara de sentir el miembro allí donde no está, siendo lo mío aún más angustioso al no poder, en el extremo del recuerdo, rescatar el nombre, la figura, el número y el significado que debió tener en su día lo perdido. No fue algo que hubiese dejado simplemente en el camino por falta de interés, sino un conjunto de cosas, o eso creo, que, en el instante en que me fueron expropiadas, se esfumaron, sin más, sin dejar la menor huella, como si nunca hubiesen, esas cosas, existido, dejando sólo el hueco informe que habrían ocupado, oscuro e impreciso, y el puro estigma de una alevosa intervención quirúrgica como vaga pero dolorosa señal de lo irrecuperable. Para colmo, nadie fue culpable salvo yo, y con ello el escarnio ahondó la angustia hasta volverla insufrible. Sí, yo había provocado la ruina en la que desaparecería... lo que hubiese sido al abusar de mi propio recuerdo.

Traté con todo de imponerme distracciones; de dedicar el resto de mi vida al presente y al futuro; pero no resultó. Pasaron los días, las semanas, los meses... y era cada vez más incapaz de volver a viajar como hacía antes, aunque más no fuese a los lugares cuyos detalles no me hubiese importado demasiado olvidar, al haberse instalado en mí el pánico a que, de paso o por descuido, pudiera perder algo que acabaría sin poder determinar después si realmente lo habría sido. Por otra parte, había dejado de confiar en la disciplina, el esmero y la profesionalidad del mayordomo que no debe tocar los objetos a su cargo si no es mediante guantes inmaculados y paños delicados o, a lo sumo, utilizando el plumero para quitarles el polvo; en cuya calidad me había cuidado en viajar hasta entonces.

¡Ay, cuánto llegué a añorar aquellos viajes que comenzaban y acababan en mi sillón predilecto, a cuyos brazos me aferraba cuando se presentaban las emociones más fuertes y las temibles tentaciones! ¡O incluso aquellos otros en los cuales, porque el destino o las circunstancias lo recomendaban, iniciaba –y terminaba, como es lógico– en otros sitios, igualmente cómodos y estables, para el caso equivalentes: ora sentado en el otro sofá, que estaba frente al televisor, ora en la butaca bajita del mirador, desde donde podía distraerme por momentos con lo que sucedía en la calle; incluso en la un tanto incómoda silla de madera de la cocina, que utilizaba cuando preveía que podría dejarme atrapar por el tiempo y apelaba a la incomodidad que me empujaría a regresar... Eso sí, para volver a partir casi de inmediato hacia algún nuevo rumbo. O recostado en la cama, cómo no, cuando se presentaba una urgencia nocturna o durante las convalecencias, añadiendo dos o tres almohadas gordas y mullidas a la espalda, que siempre tenía a mano, y

optando por arrugar en estos casos las sábanas al asalto de las emociones... Todos ciertamente idóneos para esos viajes inocuos y, en cualquier caso, placenteros, aunque ninguno como el viejo sillón orejudo, que, con sólo verlo de reojo o al paso, me invitaba con un guiño cómplice a que lo reservara con antelación, como si se tratase del asiento de un tren o de un avión, un lugar en el taxi o la habitación de hotel desde la cual mi fantasma saldría a reconocer la escena.

Pero era incapaz de ignorar lo sucedido y disponerme a correr nuevos riesgos. No lograba convencerme de que no tendría por qué repetirse algo así si me atenía a las viejas reglas. ¿Cómo negar las muchas veces que había experimentado el deseo de manipular el utillaje mientras me encontraba en los escenarios que estaba visitando? ¿Cómo ignorar los esfuerzos que, más de una vez, debí realizar para mantener el pasado libre del asedio de mis ansiedades depredadoras? ¿Cómo desconocer las ocasiones en que me vi —no sólo la última y nefasta vez!— a punto de desfallecer...? Ciertamente, el miedo a cometer nuevos destrozos me había paralizado, conculcando mis ansias de viajar, fuese como fuese, aún cuando ello no habría implicado, vade retro, que pudiera tomar contacto físico con sus tesoros.... El accidente había conseguido amaestrarme al extremo de que apenas si me atrevía a mirar —de reojo, claro—, al interior de la memoria desde cuyos laberintos cantaban las sirenas... Incluso, cuando los sueños involuntariamente me perdían, el dolor previsible de la pérdida me alertaba sin consideración, amenazante, admonitorio, y me devolvía a la vigilia.

La situación parecía insalvable, y la parálisis y los recaudos adoptados para no volver a equivocarme me conducían igualmente al colapso. Lo que continuaba aún en la memoria, lo notaba día a día, se estaba volviendo inservible; la colección que había logrado reunir y conservar se hacía ridícula e, incluso, comenzaba a perderse por piezas que se añadían al pozo ciego del olvido. El mundo, mi mundo, se veía de una u otra forma condenado a desaparecer; a encoger de manera irreversible. Pronto no quedaría, por mucho que lo deseara, nada de los sucesos pasados, nada de las cosas que me habían pertenecido, de las palabras escuchadas y empleadas, de los contactos realizados, de los reflejos mutuos, que tantas veces antes había podido volver a la vida. Definitivamente, experimentaba la propia desaparición, la muerte en vida.

Entonces, a punto ya de darme por vencido y claudicar, a casi un año del accidente, una idea muy simple —“elemental”, como habría dicho Sherlock Holmes—, emergió para devolverme la esperanza. Era tan “elemental” que me costó comprender cómo no se me había podido ocurrir antes. Por lo visto, la desesperación —ella, sin duda, la verdadera maga— había abierto una grieta en la robusta roca del miedo con más eficacia que la más persistente de las gotas. ¡Había despertado mi imaginación y esta, “en el límite de la

desesperanza" (la frase llegó de mi pasado y con seguridad de mi otro yo), desintegró en un santiamén la resignación en la que me estaba consumiendo! En cualquier caso, por fin tenía lo que necesitaba para atreverme a viajar de nuevo —insisto, al viejo modo, porque esta vez no pensaba descuidarme—; por fin había descubierto no sólo cómo recuperar mi vida, mi vieja vida, sino el medio... para... —lo veo de ese modo aunque fuese mediante un subterfugio— reparar los daños. ¡Era ciertamente increíble!

Así fue como decidí dedicarme por entero a la restauración, para lo cual estaba decidido a repetir el viaje durante el que provoqué el desastre. En fin, no exactamente el mismo, claro, porque del modo en sucedió entonces ya no se volvería a repetir, o no, jamás. Esta vez, siguiendo los antiguos hábitos, no sólo no se perdería nada sino que, por el contrario, volvería con los nombres perdidos y fortalecida la confianza. Y listo y animado como estaba, me dirigí de inmediato hasta el viejo sillón que me seguía esperando, arrinconado aún en el ángulo más oscuro y silencioso de la sala, contra mi biblioteca, desde el día en que regresé despavorido de Rosario; mi sillón orejudo, mi viejo favorito, en el que al sentarme en él me sentí rejuvenecer.

Unos instantes bastaron para que me viera nuevamente en el punto en el que había comenzado todo.

El día en que decidí comprar, a un precio tan razonable que no pude resistirme —¡menuda zancadilla del diablo!—, la vieja casona de mis tíos de Rosario, una entrañable pareja a cuya muerte la propiedad había quedado en manos de un banco que, después de mucho tiempo, había decidido quitársela de encima. ¡La casa contenía muchísimos buenos recuerdos míos: toda una colección en sí mismos!

Era, sin duda, una ocasión de oro que no podía despreciar, que podía permitirme regresar... —¡he ahí el error decisivo!— de una manera tangible a uno de los lugares más añorados de mi infancia. De modo que, sin pensarlo de nuevo, me dejé llevar.

Y el día en que partí para Rosario no me pareció que viajaba de otro modo que como de costumbre, preguntándome al respecto lo de siempre: si la encontraría en ruinas, arrasada de uno u otro modo por la historia, enterrada bajo estratos sucesivos hollados por extraños odiosos e ignorantes como me gustaba sospechar... Y así fue. La realidad daba cuenta de los temores que en mis demás viajes se esfumaban. Cuando abrí y atravesé la puerta ya no estaba como en mi recuerdo aunque, por suerte, reconocible pese a los extraños que sin duda habían agravado el trabajo natural del tiempo (como siempre me habían hecho sospechar los recelos hacia quienes hubiesen asaltado mis tesoros y a quienes me gustaba suponer displicentes y dañinos..., y quizás para aplacar la tentación de volver físicamente a aquellos sitios encallados en el tiempo con el espurio fin de comprobar qué quedaría; otra tentación sin duda repugnante; algo que, ay, por qué aquella vez no me frenó...).

Ahora, me pregunté aún, aquel recuerdo luchaba contra el más antiguo, ese que nunca debí profanar. Pero no me amilané. Había dado con la solución a mi penuria y me dispuse a continuar. De modo que me sobrepuse y comencé de inmediato a reconstruirla tal y como había sido cincuenta años antes, y conseguí que por ella volvieran a pasarse los personajes inolvidables y volviera la misma luz veraniega de entonces a través de las rendijas de las persianas, que brotaran en mi paladar los mismos sabores del chocolate en taza y de las tartas de manzana y sintiera el calor de los abrazos y las caricias precoces, la seguridad de las frases lisonjeras o consoladoras que me empujaron a crecer, el calor y la humedad de esos veranos. Lo hice antes de volver a partir, pero para pasar de inmediato a verla tal y como la recordaba ahora de manera más fehaciente y cercana, con los dos recuerdos vivos entretejiéndose y presentándose a la vez; en realidad, tal y como me sucedió durante el viaje maldito. Y mientras comienzo a rememorar lo sucedido, esto es, mientras voy dejando atrás el umbral y la puerta cerrada a mi espalda, noto que todo vuelve a parecerme el producto de un delirio, el que un año atrás, al final de la visita, me hizo abandonar la casona en estampida, abandonando las ausencias y olvidos que ocasionaría a raíz de mi presencia.

Claro que al entrar, lo vuelvo a vivir perfectamente, nada me pareció extraño o sospechoso. Los juegos proféticos me habían preparado para encontrarla en ruinas y así precisamente se encontraba. Como si estuviera imaginando el futuro más probable que habría podido tener el pasado lejano, observé hasta qué punto las enredaderas habían crecido salvajes y desmadradas sobre el muro de la mediana y que el amplio patio había explotado en mil puntos, mostrando baldosas rotas, levantadas a empujones por el herbaje, y diversos socavones. Las puertas de las habitaciones se hallaban desvencijadas, los suelos de parqué estaban destrozados. Dentro, recordé enseguida, mis padres, mi abuela Rosa, mi tío Benjamín —hermano de mi madre—, mi hermano Eduardo y yo, pasando las vacaciones de verano, durmiendo siestas y noches sobre colchones dispuestos en el suelo, cerca de las ventanas abiertas para hacer más soportable el infierno caluroso y húmedo que creaba el ancho e impetuoso río Paraná, pese a que, así, también entraran a devorarnos los mosquitos, zumbando mientras se dejaban caer sobre nosotros como cazas japoneses, o pasaban a ras de nuestras orejas, burlándose de nuestra protección insuficiente, supuestamente repelente para ellos. ¡Ah, esos hilos de humo blanco que subían hasta desaparecer en el aire, que nacían de la punta encendida de esas inolvidables espirales verdes que se iban consumiendo mientras nos dormíamos, sostenidas por un pie de latón! ¡Esas espirales verdes que mi hermano y yo nos peleábamos todas las noches por encenderlas sin importarnos en realidad que su misión fuera más o menos inconsecuente, y que durante la noche, mientras soñábamos y

los mosquitos intentaban despertarnos, se iban transformando en esqueletos de ceniza, gris y fragmentado, sobre el plato sobre el que descansaba el pie metálico; unos fósiles que conservaban empero la forma pero como si hubiesen atravesado el umbral de otra dimensión, dejando allí su huella para recordarnos lo que fueron y lo que intentaron.

Permanezco estático un momento, viendo esos colchones en el suelo, a nosotros tumbados sobre ellos, las cabezas casi pegadas observando la punta de la espiral que quien se hubiese impuesto esa vez habría encendido, la punta roja en el extremo verde, y escuchando las voces que nos dicen que dejemos ya de hablar y nos durmamos. El sueño viene, por fin, con el comienzo de la metamorfosis, formado el primer trozo de ceniza que todavía colgará unos instantes antes de caer para ir formando la imagen gris y segmentada del otro lado del espejo, a través del cual el pasado se convertirá en futuro, es decir, en ruinas, en espectros, en columnas abatidas y fragmentadas, en anfiteatros semisepultados por el abandono, la pérdida de utilidad o de significado y el deterioro, laberintos de ceniza con apariencia de piedra. Y desde arriba, y desde la distancia, la imagen nítida de la espiral que ha pasado a copiarse en el plato a la mañana siguiente, sufre un nuevo cambio a instancias del espacio-tiempo, y me veo arriba en sentido estricto, en pleno aire, a esa altura en la que unas cosas desaparecen mientras otras aparecen, como si me hallara en un globo aerostático (alguno de los de Julio Verne, sin duda), contemplando las ruinas de la casa igualmente ordenadas en espiral, troceadas, inútiles, abandonada, en todo caso tan sólo vivas en mi memoria, como la anterior espiral verde que recién se encendía antes de dormirnos. Una espiral que conduce mi mirada al centro, a la boca estrecha del embudo, al agujero negro.

Entonces volví la cabeza y continué la visita.

Por fin, recuperado el rumbo y con los pies otra vez sobre la tierra, vuelvo a andar, como aquella vez, entre los restos apenas reconocibles del pasado, entre los que pronto podré subsanar las ausencias con lo que esté a mi alcance. A mi paso, emergen los intrusos esperados: telarañas, montículos de tierra que delataban decenas de hormigueros, trozos de cristal, de plástico y de madera, azulejos rotos, polvo y cascotes de ladrillo, cañerías que salían retorcidas de las paredes como tentáculos mutilados de vaya uno a saber qué seres que con el tiempo habrían muerto de angustia allí empotrados. Indudablemente, había vuelto a un sitio que se había convertido en extraño con el paso del tiempo (¡no se me ocurrió aún hasta qué punto!) En cualquier caso, un tanto despistado todavía, me vi impulsado por una ola de nostalgia que me volvió a alejar, aunque sólo en apariencia, lejos de allí, hasta la tarde en que mi padre nos sacó del cine, a mi hermano y a mí, antes del final de la película para decirnos que la casona en la que nos habíamos divertido hasta el último verano había sido visitada por la muerte.

Entraba en la cocina desde el pasillo que la separaba del comedor y desde la que se salía por el otro extremo al patio, cuando me vi otra vez con algo más de nueve años siguiendo esa película, creo que la segunda del programa doble habitual por esos tiempos, y escuché de repente a mi padre, que intentaba llamar notoriamente nuestra atención. Porque nuestro padre, sin importarle lo más mínimo, utilizaba un silbido único en el mundo para indicarnos que se encontraba cerca y que nos estaba buscando, que no nos veía y no podía venir directamente hasta nosotros, que teníamos que aparecer de inmediato para reunirnos con él; lo hacía incluso en medio de una multitud cuando nos perdía de vista, irrumpiendo donde fuese... induciéndonos bochorno, seguridad y sentido del deber a un tiempo.

Mi hermano y yo lo reconocimos enseguida y al girarnos hacia el sonido lo vimos recorriendo arriba y abajo el pasillo del cine, buscándonos ansioso. «Vamos», nos dijo, y dirigiéndose a mí, porque yo tenía ya casi diez años, añadió: «Tu bisabuelo ha muerto». Se había decretado el primer luto que yo conocería en la familia y lo último que me llevaría, hasta esta vez (¡esa vez!), a la casona, entonces todavía de mi tía Anita y mi tío José, el “de Anita”, como lo llamábamos para distinguirlo de mi tío José “de Fanny”, el otro tío mío de Rosario, padre de mis primos Nélica Carlota y Jaime, a cuya hospitalidad apelaría cuando, con veinticuatro años, camino de mi matrimonio, me detuve en Rosario debido a un hambre terrible y compartida con la chica que acabaría casándose conmigo; cuando pasé por delante de la casona, ya abandonada, y ni se me pasó por la cabeza entrar en ella.

Poco después viajaba yo en tren a Rosario (un viaje como un relámpago, como alguna de las tantas traslaciones instantáneas que me llevarían de un sitio a otro en la vida), con mi padre, mi abuela Rosa y Benjamín, hermano de mi madre, mientras esta se había quedado en casa con mi hermano Eduardo y el recién nacido Mario, para asistir al funeral y todo eso.

Eso fue lo que rememoré en aquel instante, mientras cruzaba la cocina y los fantasmas de la familia iban y venían.

Al salir al patio continué recordando los detalles: por ahí iba yo de pequeño montado en la perra collie de mi tío José, el “de Anita”, claro. Lo hacía como si la perra fuese un caballo, dale que te pego al galope, rompiendo algunas de las plantas de grandes, de inmensas hojas, que llamábamos gomeros y que crecían en unos maceteros gigantes que se distribuían por el patio y que había que sortear a la carrera. Enormes los maceteros y las hojas como se fijaron en el estrato infantil de la memoria, latente aún como podía comprobar, y enorme la lengua del pobre animal que trataba en vano de no dejarme caer al suelo. En ese patio me emborraché con una copa de sidra, quizá con dos, una noche calurosa de Año Nuevo, e hice de Chaplin utilizando el bastón de mi bisabuelo, que se mostró algo disgustado pero que a fin de cuentas también se divirtió y acabó riéndose de mis bufonadas.

Allí jugábamos en calzoncillos, mi hermano y yo o, como lo atestigua una foto, los dos en compañía de mis primos, que venían a jugar con nosotros. Y percibíamos el perfume de las tartas y del strudel que se enfriaban por la tarde sobre el alféizar de la ventana, cuando descuidaban mantenerlas más arriba, lejos de nuestros dedos y pellizcos, tartas que hacían por turnos mi abuela Rosa y mi tía Anita, a cuál más deliciosa, y que debían resistir enteras hasta la hora del té. Por el patio corríamos mi hermano y yo, y quizá mis primos, hasta el huerto, el huerto tras el que estaba el cobertizo de mi tío; del “de Anita”, claro.

Busqué con la mirada el jardín y el huerto de entonces, un espacio ahora yermo, de tierra seca, de troncos escuálidos y ramas desnudas sin limones ni naranjas ni colores, incapaces ya de volver a dar aquellos frutos cuya vida truncábamos antes de tiempo para convertirlos en proyectiles de nuestras batallas. Ahora —comprobaba a la distancia—, ya no servían más que para la nostalgia y la pena. Pero al fondo y a la izquierda, aunque desde donde estaba no podía divisarlo aún con precisión, el cobertizo..

¿Estaría allí, de... de nuevo; en pie, lleno de todo lo que recordaba, con el techo todavía protegiéndolo de la lluvia y el sol?

La inquietud me paralizó un instante, pero enseguida, una fuerza como la de un imán, quizá la de los muchos imanes de diversos tamaños con los que yo había jugado allí de niño, tiró de mí hacia las incontables herramientas, clavos, tornillos y tuercas que fui inmediatamente recordando y que seguían allí, amontonadas como en el pasado, borrando todo vestigio del cobertizo imaginario arrasado por el vendaval del tiempo. Allí había varias hachas de múltiples formas y tamaños, madejas grandes y pequeñas de alambre en toda la variedad imaginable de diámetros, neumáticos, enseres de jardinería o de labranza, dos, tres o más yunques, dos, tres o más sierras, alguna vieja rueda de rayos de madera apoyada en la pared, tal vez la rueda de un aún más viejo carro ya en aquel tiempo desaparecido, creo que usado para repartir la leche, y cajas y cajas y cajas de tornillos, alcayatas, clavos, todos los del mundo, tiesos y doblados, despuntados y descabezados, limpios, oxidados y sucios, cilíndricos y cónicos... Estaba al final del invadido y casi sepultado camino de piedras que atravesaba el huerto y que permitía sortear los limoneros y naranjos y alcanzar al cobertizo y no me lo podía creer. ¿Se trataba de un espejismo, de una alucinación que nacía de mis expectativas? Ahí estaba, como lo debí dejar la última vez que había jugado en aquel lugar de niño.

¡Ay, qué terrible es sentir otra vez esos vacíos!, me dije regresando por un instante a mi sillón, casi a punto de dar marcha atrás y resignarme antes de que volviera a cometer un fallo. Pero continué, dándome ánimo, y, personificándome en mi mismo, me vi haciendo lo que con seguridad debí hacer, lo hiciese o no, de niño. En el mismo sitio, en aquel lugar mágico en

el que había estado. Aunque tuve que hacer un esfuerzo, reconociendo que el año de reclusión había tenido consecuencias, para recordar lo que hacía exactamente cuando visitaba el cobertizo, seguramente por lo que ya no veía por ninguna parte. Pero venía preparado, y, sin dudarlo de nuevo, decidí que me pondría de inmediato a enderezar —como si lo hubiese hecho una vez, y con la firme intención de no volver a olvidarlo— unos cuantos clavos hasta dejar la marca de sus cabezas en las baldosas de barro, al tiempo que daría los consabidos ayes de dolor cada vez que, al no dar en el clavo, me martilleara, como de costumbre, un dedo. Sí, esos “ay” que una vez habrían escapado de mi boca y que, igual que Ferdydurke (como hacía poco había leído) escuchara el grito de su tío, yo ya estaba escuchando tintinear en el aire... esos que, por lo visto, “todavía estaban aquí”.

Envalentonado, volví a avanzar a través del marmagno de metal y madera, reconociendo uno a uno los objetos que continuaban allí, aquellos que no había tocado. Un instante permanecí indeciso ante el tablero de pinzas, alicates, llaves francesas e inglesas colgadas aún de sus ganchos y alcayatas, en perfecto orden (un orden que quise darle alguna vez en casa a mis propias herramientas sin lograr reproducirlo). Esos segundos fueron gloriosos, porque me proveyeron de una honda inspiración que llenó de aire fresco mis pulmones oxidados.

El tablero ya no me devolvía la perspectiva formidable del pasado, pero debía reconocer que se trataba del que entonces había sido. Sí, así seguía estando en mi memoria... Pensé en aquel momento (sé que puedo reproducir lo que pensé sin tergiversar nada... ya que, en todo caso, es lo único que pude haber pensado): “¡Cómo me gustaría verme en este mismo instante tal como me sentía de pequeño ante este panorama, pequeño en el centro de todo!” Sobre la mesa de trabajo permanecían ciertos útiles cuyos nombres y funciones nunca supe —por lo que seguía sin tener por qué saberlo—, pero cuyas formas... casi todas ellas, seguían vivas. A un costado, se mantenía... sí, ajustado aún al borde de la mesa, una morsa. Casi a punto de caer al suelo escapaban del marco una lima sin mango y el mango de... qué sino un..., digamos: un martillo...

(¡Sí, un martillo debió ser...; uno de mis sacrilegios!, me dije volviendo por un instante a mi casa, al sillón, para regresar de inmediato a la casona, al cobertizo, satisfecho de haber repuesto uno de los estropicios..., en especial, por hacerlo antes de que se cometiera...).

Contra un poste, de los tres que sostenían el techo como si fuese un alero, y a media altura, se apilaban siete u ocho herraduras oxidadas que colgaban de un grueso y largo clavo. Eran las mismas que no podía alcanzar de niño sin subirme a un cajón o a un banco. Con la misma cantidad de herrumbre. Pensé: mi tío coleccionaba esas cosas; sin duda, porque yo nunca había llegado a ver allí el caballo con el que tal vez saliera él a repartir la

leche, lo que pudo suceder antes, en un tiempo en el que yo aún no había nacido. Pudo ser así... aunque también de otro modo. Y no recuerdo haberlo podido averiguar jamás (lo que ni está en mi mano reparar ni... debo). Es obvio que en aquellos tiempos esos detalles no me importaban demasiado; los orígenes, los motivos. Quizá porque sentía que todo aquello estaba allí tan sólo para que yo me divirtiera: una pantagruélica caja llena de juguetes. Ahora, en cambio, la idea me había venido a la mente desde algún sitio recóndito donde fuera sepultada tras escucharla de pasada. Sí, pudo ser así, y en realidad seguía sin resultarme importante. Al pie del poste descansaba algo... digamos, porque bien pudo serlo... un... una..., pues definitivamente me inclino por un hacha. Extendí, pues, la mano y la tomé con la seguridad propia de cualquier adulto (¡ése fue mi primer atentado!), y en ese instante volvió a resonar la voz argentina de mi tía: «¡No jugués con esas cosas que podés hacerte daño!» ¡De esas palabras estoy más que seguro, y tuve que recordarlas en aquel instante! Así como los reproches, en yiddish, que en aquellos tiempos ella le hacía luego y reiteradamente a mi tío, como buena mame sustituta, como madre del marido: «¡Todo esto tendrías que tenerlo lejos del alcance de los chicos; bien alto para que no les pase nada!»

¡Bien alto!, me repetí un par de veces: habría sido una pena. Pero había pasado el tiempo y ya no estaba ahora tan seguro de que mi tía estuviese equivocada, porque un... eso, un hacha justamente, es algo peligroso en manos infantiles, y más ésa, tan... pesada. Pero, con todo, el niño que aún estaba en mí se alegró al recordar que mi tío siguió dejando todo al alcance de mis manos traviesas. En ese instante me asaltó una vez más la extrañeza, como el repicar de una alarma a la que, no obstante, no haría caso. ¿Cómo pudo permanecer inmutable el cobertizo mientras el resto de la casa se venía abajo? Ni siquiera los bichos habían avanzado lo previsible en esa zona. Tuve incluso la increíble certeza de que sus nidos, sus telas, sus caminos subterráneos, seguían siendo los de aquellos tiempos. De todos modos, el carácter absurdo e inexplicable del fenómeno perdió en seguida relevancia y mientras sostenía... lo que pude haber descolgado, olvidé, por así decirlo, cualquier nuevo intento de explicarme los hechos y de formularme nuevas preguntas, y me sentí animado a fundirme todavía más con el entorno y con ese tiempo querido que, fuera por lo que fuese, continuaba allí, a mi disposición, todavía al alcance de mis manos traviesas. ¡Sí, así fue de terrible! Dejé en el suelo, contra el poste de donde la había bajado... el hacha, el hacha sí, no debo darle más vueltas, y me dirigí hacia los estantes donde los clavos me seguían esperando, como siempre. Y tomando unas cajas me puse a revolver dentro de una y de otra y de otra, pinchándome varias veces las yemas de los dedos... en silencio (como debió ser dado que, esta vez, no consigo escucharme soltar un alarido). Procurando que todo se hiciera como debí hacer en mi visita del año anterior, es decir, preparándome para

repetir mis viejos juegos con cajas y clavos seguramente similares. Luego desparramé unos cuantos de ellos por el suelo, descubriendo que los había doblados y hasta retorcidos de muy extrañas maneras (¡sigo viendo aún aquellos que no llegue por lo visto a tocar, y sigo tentado de volver a cometer la trágica torpeza de la vez anterior, la de representar en la realidad mis viejas obsesiones, pretendiendo ser pese a todo fidedigno).

Voy a enderezarlos, me dije, respondiendo a la indiscutible tentación. Y volví a la mesa en busca del martillo. ¡Ahí, sí, ahí, fue cuando se produjo mi primer sobresalto! ¿No era a su lado donde había desparramado los... clavos... y dejado... las cajas? ¿Dónde estaban ahora? Miré al suelo y allí tampoco había nada.

Si me encontrase en otro lugar, no en ese laberinto que era el cobertizo, lo habría asegurado. Pero había pasado tanto tiempo, había allí tantos rincones parecidos, tantos recovecos. Pude incluso haberlo empujado con el pie, pude hacerlo todo en otro sitio. Por eso realicé una búsqueda metódica, aunque al final tuve que admitir que esos objetos habían desaparecido. Pude, por qué no, preguntarme en ese instante si la escena que recordaba haber vivido hacía un momento, de remover dentro de las cajas y de retirar un puñado de clavos, había sido ficticia, puramente imaginaria, si había sido sólo una intención, aunque tan fuerte como para hacerme sentir y creer que lo había hecho sin que en realidad sucediera (¿o esto lo supongo ahora?). Tomé entonces (¿qué otra cosa si no?) otra caja de clavos de la estantería (donde tampoco estaban las tres cajas que doy por hecho haber visto allí, colocado en la mesa y haber rebuscado antes en ellas) y, lógicamente, revolví en su interior con los dedos, volviéndome a pinchar con las puntas, como... muchas otras veces. Hice esto procurando grabarme en la cabeza lo que sucedía, en ese lugar y en este preciso tiempo, con todos esos detalles, con toda mi fuerza, para que volviera eso a borrarse o a desaparecer... como debí suponer que había pasado un rato antes, porque cabía pensar que en aquel momento lo había imaginado.

En el montón hallé (¡claro que sí!) un clavo doblado, digamos, estrafalariamente retorcido, cuya forma compleja y única también traté de fijar en la memoria (¡era ciertamente un bonito recuerdo que me remontaba a muchas de mis incursiones por el cobertizo!). Dejé la caja a un lado y tomando ese clavo y el martillo me agaché, como habría hecho cincuenta años atrás, para comenzar a golpearlo mientras lo giraba, poco a poco, a uno y otro lado, con el fin de enderezarlo. Igual que entonces pude hacer con otros clavos similares, fui dejando nuevas marcas de la cabeza y de la punta en las baldosas del suelo. Y, como entonces, me martilleé alguna que otra vez los dedos, reproduciendo los ayes infantiles (que vuelvo a oír, lo que confirma y restablece todo). Como entonces, y como acostumbro al terminar alguna cosa, respiré hondo al ver la tarea concluida, al verlo

prácticamente recto —apenas con leves ondulaciones—; lo suficientemente recto como para que pudiera resultar otra vez útil. Podría ahora, por ejemplo, unir con él dos trozos de madera, una vieja idea que volvió a capturarme. Pero esta vez preferí, movido por una súbita aprensión, llevar conmigo el clavo y el martillo hasta la mesa —además, el estado de mis articulaciones había dejado de ser el que permite trabajar mucho tiempo en cuclillas—. Y allí los encontré... sí, dos bloques bien cortados que podrían haber servido como cuñas o ser tan sólo sobrantes; en el cobertizo siempre hubo de todo y mucho. Emocionado, coloqué las piezas una sobre la otra y en el centro puse el clavo de punta, luego martilleé hasta atravesarlas, inclusive hasta penetrar la mesa. Otra vez, como otras, no había elegido el tamaño con exactitud, pero al menos no se me había torcido ni la punta se salió por un costado. Desprendí el conjunto, lo puse del revés y golpeé lo que sobresalía hasta doblar el diente sobre la madera y hundirlo en ella de lado. Debí ser tan poco cuidadoso y delicado como de pequeño, pero sonreí satisfecho: el trabajo estaba concluido y mostraba una cierta simetría. Ahora, el hacha. Dejé todo sobre la mesa y empujado por la ansiedad infantil que me embargaba, sin duda embriagado de precipitado triunfalismo, salí corriendo a buscarla. Estaba seguro de haberla dejado contra el poste, al pie del que la había descolgado. Contra el del medio. Pero no estaba. ¿Qué había sucedido? ¿Qué estaba sucediendo? Miré por las dudas junto al primero, junto al tercero, en las proximidades, luego un poco más lejos, encima de las ruedas, en el hueco oscuro que dejaban otras, entre los alambres, en la huerta, en el techo... El fenómeno increíble se había vuelto a producir. Regresé volando a la mesa, presuponiendo lo que me esperaba, sólo para confirmarlo: en efecto, las dos piezas unidas por el clavo ya no estaban allí, tampoco el martillo, tampoco la hendidura que la punta había producido —estaba seguro— en la mesa. Me puse entonces de rodillas y examiné de cerca el suelo donde había martillado el clavo retorcido para enderezarlo: la loseta no estaba mellada, al menos no en ese sitio. Había cerca otras huellas, pero no de los golpes recientes sino de los de hacía muchos años, todas estas cubiertas por un relleno seco de polvo. Volví a la mesa y alcé la vista hacia los estantes. Las cajas que quedaban eran las que yo no había tocado, las demás... Ahora tenía la certeza de que las tres primeras también se habían esfumado, que aquello no había sido una ilusión, y que todo pasaba por la misma causa, una causa incomprensible. Asustado, sí, muy asustado, retrocedí con el mayor sigilo hasta alcanzar el huerto, aunque sinceramente no sé si tropecé con algo, si quebré alguna rama de naranjo o limonero, si desprendí una hoja que antes no había creído ver o un fruto de reluciente color que aún se conservaba al sol de aquellos años lejanos (¡ay, en mi atolondramiento... no pude precisar si ya habían desaparecido antes o en aquella ocasión..., pero, en cualquier caso, por las dudas, los supongo...!). Fuese como fuese, todo quedó atrás en un instante,

porque no dejé de correr despavorido, sin volverme, directo hacia la salida. No obstante, en la carrera debí apreciar los huecos de varias baldosas del patio y que alguna que otra puerta o uno u otro picaporte no estaban en sus sitios... Como es obvio, no recordaba haber visto ni esas ausencias y esos estropicios ni lo que se pudo haber desvanecido... pero sí me constaba haber pasado por ahí, y por eso me decidí a incluirlos. Ante mí sólo quedaba el hueco de la entrada, ¡y eso imponía la lógica de una puerta, que yo tuve que abrir y empujar para entrar! Pero ya no podía detenerme, ni fui capaz entonces de pensar, de modo que crucé el umbral como una exhalación, deseando salir cuanto antes de la casa para no volver...

Han pasado algunos años desde entonces. En este tiempo viajé a muchos sitios, en especial a los más desdibujados. ¿Por qué no, ahora que sé cómo salir del paso en el extremo; ahora que sé que una mentira puede muy bien ocupar el lugar de lo olvidado? Y varias veces más a la casona abandonada, porque me encantaba repetir la vivencia que me estremeció una vez: sentir que el lugar seguía siendo más extraño que conocido a causa del tiempo, que el cobertizo continuaba relativamente intacto y que en él volvían a desaparecer, sucesivamente, en un orden y bajo unos nombres precisos, un hacha, cuatro cajas de clavos, dos piezas de madera unidas entre sí por uno de ellos (bastante recto, lo puedo recordar), el martillo y las pequeñas hendiduras que provoqué en el suelo cuyo número y profundidad... ¡vaya, no comprendo por qué no me preocupé por definirlo; ni cómo recién ahora me doy cuenta del descuido, estando aquí sentado, a mi regreso!

¿Pudo deberse al olvidar planificarlo antes de partir, como evité que sucediera con los demás detalles? ¡Bah; a qué preocuparse cuando se tiene ya la solución! Lo dejaré para el próximo viaje, en cuanto vuelva a recordarlo. Cuando lo haga, aprovecharé para incluir esa cifra. Sólo tendré que escoger cuál será.